

El tránsito desde el año 1963 al 1964 ha señalado en todos los sectores de Oriente Medio que forman parte del mundo árabe, una importante y difícil etapa de transición y recapitulación. Las zonas del referido Oriente en las cuales los problemas y las crisis se siguen manifestando con más intensidad y mayor número de incógnitas, son los del «Creciente fértil», extendido entre el reino del Jordán y las costas del Golfo Pérsico. La agudización de los Pleitos de Palestina, después de que el propósito manifestado por los gobernantes israelíes de desviar el río Jordán ha provocado la convocatoria de la reunión de jefes de Estados árabes, ha dejado suspendidas de momento las incógnitas internas y regionales de los países del Creciente (sobre todo Siria y el Iraq), pero no las ha suprimido. Es, por tanto, necesario tener en cuenta las actuales cardinales directrices de las estructuraciones ideológicas y las acciones de los grupos de presión y de dislocación, para seguir el hilo de una situación oscilante y llena de contradicciones.

Comenzando por recordar brevemente algunos de los antecedentes básicos indispensables, se destaca que si en general la definición anglosajona de «Oriente Medio» o *Middle East* puede y debe aplicarse a las regiones situadas a ambos lados del Canal de Suez (es decir, excluyendo al Magreb o Africa del Norte), en realidad no se trata de la posición, sino de la función. Si por el lado Oeste el sector africano del referido Oriente Medio suele reducirse a Egipto y el Sudán en cambio por el lado Este ha llegado a incluir países tan periféricos como Persia y Turquía. Esto se explica por lo de la función, según la cual lo esencial no es que los territorios medio-orientales estén a los lados del Canal, sino que no se encuentran directamente interesados en lo que el Canal significa como camino entre el Sur de Europa y el Asia indostánica o el Oriente extremo.

Antes que lo hiciese el Canal de Suez, esa función estuvo desempeñada por los caminos terrestres de caravanas que iban desde las costas palestinas, y sobre todo libanesas, hacia las mesetas del Irán y los accesos marinos del Golfo Pérsico hacia Bombay, precisamente a través de Beirut, de Damasco, de Alepo, Bagdad y Basora. La mayor parte de la historia del Oriente mediterráneo, desde los tiempos faraónicos, fenicios y babilónicos, hasta el siglo XX, ha dependido de las alternativas en dar preferencia a los caminos comerciales del Golfo Pérsico o del Mar Rojo, y los vaivenes de la política han seguido a la vez las dos tendencias que tenían sus polos de equilibrios o de tensiones en el Valle del Nilo y el del Tigris.

Antes de la primera guerra mundial, la tendencia a usar las rutas dobles, y las dobles líneas de impulsión, fué la que hizo a turcos y alemanes tratar de realizar su ferrocarril de Bagdad, para acercarse por tierra a la India entonces inglesa. Y luego, el interregno hasta la segunda guerra fué sobre todo aprovechado por Inglaterra, para actuar sobre los dos polos a la vez, puesto que el sistema de las ocupaciones británicas en Egipto, Sudán, Iraq, Kuwait, Osmán, Palestina, Transjordania, Aden, y luego Cirenaica, Somalia, etcétera, estuvo determinado por la máxima utilización de la media luna que tenía sus picos en El Cairo y Bagdad. Posteriormente se agregó un tercer centro de equilibrio, con el aumento de la importancia de Arabia; sobre todo con el surgir y el desarrollarse de su riqueza petrolífera. Todos aquellos territorios eran de influencias anglosajonas, mientras en Siria y Líbano existía la actuación francesa. Dejando aparte al Líbano (que es un caso muy especial), Siria constituyó a la vez un eje de equilibrio y de ruptura; sobre todo después de convertirse en una república árabe independiente. Por una parte, ocupaba y sigue ocupando el centro natural de toda posible agrupación arábica regional en el Oriente, pero por otra parte no es bastante grande ni tiene la suficiente estabilidad humana para hacer de cabecera. Sigue en Damasco latente el recuerdo de que allí estuvo la capitalidad del primer Jalifato del Islam, que fué a la vez el primero y mayor Imperio árabe; pero los damasquinos no se encuentran en condiciones de rehacer una capitalidad nueva, pues los centros vitales se desplazan hacia Bagdad, La Meca y sobre todo El Cairo. Incluso cuando en 1945 fué fundada la Liga Árabe, sus fundadores iniciales principales fueron Egipto, Iraq y Arabia Saudita.

Entretanto, Siria no sólo ha seguido siendo el país árabe más sometido a presiones internas y periféricas, sino aquel cuyos habitantes sienten mayor

entusiasmo por las actividades políticas, y a la vez el que tiene dobles reivindicaciones fronterizas no-árabes, o sea con Israel en el lado del Jordán, y con Turquía, cuya anexión de la región siria de Antioquía no ha sido nunca admitida ni perdonada. Por todo ello, en Siria se sienten con mayor angustia todos los problemas que afectan al arabismo oriental, y allí tienden a provocarse sus nuevas derivaciones. No puede nunca olvidarse que en la noche del 29 al 30 de marzo de 1949, un grupo de militares sirios, procedentes del frente de Palestina y descontentos por lo mal que sus gobernantes habían llevado la breve guerra contra los sionistas de Israel, fueron a Damasco para dar un golpe de Estado contra las autoridades civiles. Así, fué en Siria donde se inauguró el sistema de las acciones militares contra el viejo sistema que se llamó «arabismo de los báchas» (o de los «pachás») para poner en marcha un nuevo «arabismo de los pueblos». Fué tres años antes del triunfo en Egipto de los «oficiales libres», y nueve antes de que Iraq siguiese la misma trayectoria. Sin embargo, el golpe sirio de 1949 no amplió sus objetivos, y después de otros golpes sucesivos, sólo se consideró establecido el nuevo sistema cuando Siria pudo recoger los ejemplos directos de la revolución militar egipcia de 1952 y de sus grandes reformas sociales.

El parlamento nacional sirio, que fué elegido en septiembre de 1954, contaba junto a los partidos políticos tradicionales (es decir el «Chaab» conservador y el «Watani» nacionalista) un núcleo de carácter socialista-nacional, que era el primero de ese género elegido y triunfante en el Próximo Oriente. Ese núcleo era el del partido denominado «Baaz» (es decir: «Renacer»), formado por la confluencia de dos movimientos diferentes. Uno era el que de modo algo confuso venía tratando de explicar el inquieto teorizante Akram Haurani, el cual pedía un predominio de las reformas sociales sobre las políticas bajo una etiqueta de «socialismo árabe» poco definida. Por otro lado estaba el nacionalismo árabe de izquierda que surgió con el nombre de «Baaz» después de haberlo lanzado (primero desde la misma Siria y luego desde el Líbano) el profesor Michel Aflaq. Al lado de Aflaq apareció como su lugarteniente y realizador principal otro profesor, es decir Salajeddín El Bitar. Unidos ambos con Haurani lograron en las elecciones de septiembre de 1954 un número de 22 diputados en un parlamento de 142 (frente a 49 de los partidos tradicionales, 66 independientes y cuatro diversos).

Después de algunos años de complicaciones internas, el Baaz tomó la principal iniciativa de que Siria se federase con Egipto; Salajeddín El Bitar

fué quien condujo a El Cairo la delegación encargada de intentar convencer a Abdel Nasser de que aceptase la fusión entre Siria y Egipto, lo cual se logró, aunque entonces Abdel Nasser juzgaba prematura y demasiado rápida tal unión. De todos modos, Bitar consiguió su objetivo, y aquel papel de casi inventor de la R. A. U. le valió ser ministro de Estado en el primer gobierno común, y luego ministro de cultura y orientación nacional, hasta que en enero de 1959 se retiró de pronto porque la evolución de la R. A. U. no seguía la línea que él había soñado. Entretanto, Aflak se había corrido hacia una alianza con los conservadores-separatistas, y Haurani se puso a adoptar un furioso antinasserismo. Así, el frente del Baaz se deshizo por un momento... Al final los separatistas dieron en septiembre de 1961 el golpe o contragolpe por el cual Siria abandonaba la R. A. U. El Baaz, recompuesto con Haurani como principal portavoz, tuvo 24 diputados entre 153 del Parlamento elegido en diciembre del mismo 1961.

Después fueron acentuándose las diferencias entre Haurani, cada vez más gubernamental (más cercano a los burgueses terratenientes), Aflak, que se perdía en divagaciones sobre un arabismo místico, y Bitar, que se puso a acentuar el socialismo con un sentido programático más francés que oriental. Aunque de todos modos Aflak y Bitar siguieron unidos.

Dando otro salto a través de una serie de episodios parciales, se ve que Aflak y Bitar no habían confundido hasta entonces los programas y los procedimientos; pues si en un momento dado rechazaron los modos de irse administrando la R. A. U. después de la unión, seguían confesando que «aunque la fidelidad de principio a Gamal Abdel Nasser no sea una cuestión personal, Abdel Nasser sigue siendo, sin duda, el único hombre dotado del prestigio suficiente para poder unir a todos los árabes». En esto se produjo en Bagdad la revolución del 8 de febrero de 1963, que fué políticamente orientada por los iraquianos amigos de Aflak. Se sucedieron al golpe militar de Damasco el 8 de marzo, la detención de Haurani y los gobernantes «separatistas» y la formación el 9 del Gobierno de «coalición reconstructora» presidido por Salajeddin El Bitar con nasserianos nacionales locales, y algún independiente. Cuando después los nuevos gobernantes de Bagdad propusieron a Damasco y El Cairo una unión tripartita, Aflak, Bitar y los jefes de la Junta militar siria lo aceptaron en seguida. Bitar hizo constar su criterio de que «la unión árabe debe hacerse por eliminación de todo poder personal, de todo culto de la personalidad, por igualdad total y completa de los participantes, y bajo una dirección central federal cuyas

bases serán colegiadas». Aflak, Bitar y el general Luai Atasi fueron personalmente con este programa a conferenciar con el «Rais» de Egipto. Así se llegó el 17 de abril a la solemne firma en El Cairo del acuerdo tripartito para la federación Egipto-Siria-Irak en una nueva R. A. U. más extensa, y acogida con optimismo general.

Ocurrió, sin embargo, que en la revolución de marzo, los jefes del Baaz en Siria no fueron llevados al poder por sus propios esfuerzos ni por sus propios méritos. El golpe fué obra de unos cuantos jefes militares, que después llamaron al poder a los jefes civiles más utilizables, pero sólo por un compromiso provisional. En el golpe anterior de Bagdad, que hizo caer a Qassem, el papel de los milicianos baazistas de la «guardia nacional» había sido decisivo en algún momento. Pero en Damasco los supremos forjadores del Baaz quedaron mediatizados, y tuvieron que aplicar sus energías a no dejarse desplazar del todo por otros factores de presión nuevos; sobre todo el del general Amin el Hafez, que el 8 de julio implantó un régimen de estado de alarma, detenciones en masa y represalias sangrientas contra los manifestantes populares callejeros que reclamaban a gritos el cumplimiento del pacto federal para la unión con Egipto e Iraq, que había sido firmado en abril. A fines de julio, Amin el Hafez destituyó y desterró a los jefes militares que hicieron la revolución de marzo. Y quedó de hecho convertido en dictador (aunque durante agosto Aflak manifestó deseos imposibles de deshacerse de Hafez). Entretanto, Bitar seguía como jefe del Gobierno empeñado en contentar a todos sin conseguir nada. Una fórmula de unión parcial quiso hacerse con el Iraq, gracias a haber en ambos lados coaliciones de baazistas con militares nacionalistas. El 8 de octubre se firmó en Bagdad el acuerdo de unir sus tropas bajo un mando único. El mismo mes hubo en Damasco un Congreso secreto de partidarios del Baaz en varios países, incluso Líbano, Jordania, Arabia, etc., con un deslizamiento hacia la agresividad que en Siria capitaneaba Hafez y en el Iraq, Ali Salah Saadi.

Una nueva sacudida de inesperada y algo teatral mutación volvió a producirse en Bagdad el 18 de noviembre. Cuando la hegemonía desbordante de los baazistas iraquianos de Ali Salah Saadi, y la amenaza de su milicia armada llamada «guardia nacional» provocaba la protesta y la resistencia de los moderados del gobierno (tales como el ministro del Exterior, Taleb Hussein Chebib, y el ministro adjunto del Interior, Hazem Yawad), el mariscal Abdel Salam Aref decidió tomar en sus manos todo el poder efectivo, y se impuso en el acto gracias a la lealtad nacionalista de la mayor parte

de los jefes militares que habían permanecido neutros ante la pugna de las dos alas del baazismo local del país del Tigris. El mariscal Aref hizo disolver en seguida la «guardia nacional», y apresuró el restablecimiento de la normalidad, expulsando baazistas del gobierno y de los cargos oficiales; Aref tuvo el concurso eficaz del ministro de Defensa, general Ammach.

El fracaso de las esperanzas baazistas en Bagdad ha venido acelerando la confusión y la incertidumbre en el sector de la cabecera siria. En realidad, parece ser que la palabra «Baaz» ha perdido gran parte de su eficacia y su significación activa después de que el 12 de noviembre Salajeddín El Bitar se vió obligado a ceder el poder al general Amin Hafez, y desde que en Bagdad la concentración de poderes en manos del mariscal Aref se ejercitó sobre todo en contra de los extremistas del Baaz iraquí, sobre todo Salah Saadi. En el Iraq parece ser que los restos baazistas pasados a una semi-clandestinidad se aproximan a muchos de los elementos más radicalmente desesperados que en otros tiempos formaron el ala izquierda, en tiempo del general Qassem (incluso los semitrotskistas). En cambio, en Damasco se ha visto que el general Hafez ha puesto en libertad al ex primer ministro plutocrático y separatista Jaled el Azm (que desde el golpe de marzo de 1963 estaba refugiado en la embajada de Turquía). También trata Hafez de hacer volver a la escala política a Nazim el Qudsi y Akram Haurani, alegando que se trata de «ensanchar la base nacional» (aunque así parece que se vuelve a los tiempos de las influencias coloniales).

Para conseguir algún nuevo sentido, lo que queda del Baaz tendría que fijar su flotante ideología, e incluso extenderla a países nuevos, pero esto parece imposible. Hace algunos meses que el antiguo teorizante del Baaz, Michel Aflak, declaraba a una revista orientalista de París que el porvenir del baazismo considerado como una forma de socialismo árabe estaba «en la elevación del nivel de vida dentro de cada pueblo árabe, para salvaguardar el carácter nacional de cada uno». Es decir, que Aflak sueña con un mundo árabe en el cual cada país se haga su Baaz interno a su medida. Detrás de este empeño no se encuentra ninguna ideología viviente, sino sólo un complejo de rencor ante la influencia predominante de Egipto, y de inferioridad ante la obra de Gamal Abdel Nasser. En esta obra es evidente que prevalecen los hechos tangibles, y no caben las divagaciones. Así lo demuestran el pujante adelanto del Canal de Suez; la nueva Gran Presa de Assuan; la reforma agraria; la recuperación del desierto; la supresión del analfabetismo y gratuidad de la enseñanza; el empuje urbano que ha hecho

de El Cairo una de las mejores capitales mundiales con casi cinco millones de habitantes efectivos, etc.

Sobre todo esto reconocía objetivamente aún no hace mucho tiempo. *Le monde diplomatique* de París, la impresión de que el adelanto y éxito árabes dependen hoy del dirigismo económico, cultural y social que sólo la R. A. U. está realizando intensamente. En cuanto a lo político, ha sido en lengua italiana cómo *Relazioni Internazionali* ha dicho que en los países del Creciente Fértil predomina ahora «l'ondata di popolarita che ha movamente rilanciado il nasserismo».

A última hora del 1963, el eje político del «Creciente fértil» parece inclinarse hacia una cooperación bilateral permanente entre El Cairo y Bagdad (aparte los efectos que pueda ejercer sobre Damasco, Sanaa, Ammán, etcétera). Así, al menos, lo declaró el 19 de diciembre el mariscal Aref diciendo que sus relaciones con Nasser y la R. A. U. se caracterizan por «principios de una lucha y un porvenir comunes, así como por una acción conjunta en la tarea de la elevación y ramificación de los árabes». Hay que subrayar también el interés de que desde el 27 de diciembre el ministro iraquiano de Orientación, general Abdel Krim Farjan, ha iniciado una serie de consultas con los responsables de todos aquellos Estados arábigos que estén o puedan estar interesados en que se ponga en marcha y se aplique el texto de unión federal que fué firmado en El Cairo el mes de abril. Respecto al Iraq, la atención puesta en el federalismo se facilita porque ya el problema de los kurdos del Norte ha perdido su violencia. No sólo porque en noviembre terminasen las operaciones militares, sino porque numéricamente los kurdos favorables al plan de convivencia del mariscal Aref, parecen ser cada día más numerosos que los disidentes, puesto que éstos ya sólo conservan guerrillas sueltas.

Otro factor importante que casi nunca se cita es el del Líbano, a pesar de que tanto respecto al Creciente Fértil como al Oriente Medio en general, el mayor acceso es el del Líbano. Después de la sangrienta represión que los unitaristas sirios sufrieron en julio, las autoridades libanesas consideraron que sus fronteras con la república damasquina no eran ya normales ni seguras, y tuvieron que establecer en ellas una serie de «cordones protectores» contra los posibles golpes de guerrillas baazistas voluntarias. Al fin, el 6 de diciembre, un decreto oficial de la República libanesa declaró fuera de la ley dentro del país tanto al Baaz en cuanto a ideología, como a los intentos baazistas de actuar dentro del Líbano como partido. El decreto de

prohibición alegaba que el estilo de imposición amenazadora y la organización en forma de sociedad secreta «es todo lo contrario a las bases democráticas sobre las cuales se fundamenta el gobierno del Líbano».

En los momentos finales de 1963, la nación que tiene por capital a Beirut es (lo mismo que la R. A. U.) uno de los dos sectores del Oriente árabe, entregados casi totalmente al desarrollo económico-social más activo. En el Líbano, las mejores realizaciones siguen siendo las de carácter comercial, con lo cual se continúa una característica tradicional local. El próximo 1964 señalará, por otra parte, una etapa de revisión de los resultados conseguidos y las perspectivas posibles. Dichos resultados han sido especialmente fecundos durante los seis años últimos, por la gestión del general Fuad Chihab como jefe del Estado. El presidente Chihab está decidido a que no se prolongue su mandato, que terminará hacia el verano, y esto puede resultar un inconveniente, pues no se encuentra nadie con las suficientes garantías de autoridad e imparcialidad para sustituirle.

Volviendo al Iraq, y cerrando la enumeración de acontecimientos en el día 5 de enero, se vió que el presidente Aref, al destituir al vicepresidente Hassan Al Bacr, inició la eliminación sistemática de los elementos baazistas en el país del Tigris. Pero aunque los baazistas se encuentren momentáneamente decaídos, no cesan en su empeño de ser los protagonistas aglutinantes del Creciente Fértil. Sin embargo, hay nuevos factores geográficos que se unen a los netamente políticos para contribuir a que se vayan apagando, no sólo el baazismo, sino la hegemonía del sector árabe situado al Este de Suez. La anunciada conferencia de jefes de Estado arábigos en El Cairo no sólo acentuará la influencia centralizadora de la R. A. U. y su presidente Abdel Nasser, sino que demostrará que la masa más densa y activa del arabismo actual está en el lado o sector africano.

JALIL AL AMAWI.